

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le falten para tener completas las colecciones de las publicaciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

**Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios**

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Layetana, 13. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Morte. Impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 284

25 Cts.



**LA DAMA
INDÓMITA**

FOR
Gloria Swanson,
Lawrence Gray,
etc.

Filmoteca
de Catalunya



TUTTLE, Frank

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

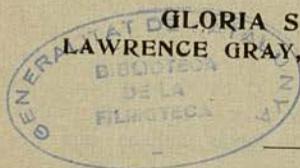
Año VI BARCELONA N.º 284

Untamed Lady 1925

* LA DAMA INDÓMITA

Grandiosa producción americana, basada en la novela de FANNIE HURST y magistralmente interpretada por los célebres artistas

GLORIA SWANSON,
LAWRENCE GRAY, JOE SMILEY, etc.



Es una producción PARAMOUNT

Exclusiva de

Paramount Films S. A.

(antes SELECCINE, S. A.)

* En Francia: *L'indomptable* (Diction - Cinéma Universell - Acame en tutto / 1925 / Ford)

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
ANTONIO D'ALGY

LA DAMA INDÓMITA

Argumento de la película

Cuando Juanita Napier tenía nueve años, era ya un verdadero problema el complacerla. Huérfana desde muy pequeña había sido educada por su tío Jorge, un solterón multimillonario que no se atrevía a contrariar los deseos de la revoltosa. Todos sus caprichos eran satisfechos en el acto con amorosa generosidad. Algunas señoras se escandalizaban ante aquella criatura que jamás hallaba una negativa.

—Cuando esta niña sea una mujer, no serán pocas las dificultades que va a tener en la vida—decían.

Y en este ambiente de holgada libertad, como si todo el mundo girara alrededor de sus anhelos, Juanita Napier pasó de la niñez a la juventud... Heredera de la inmensa fortuna de su tío, no le faltaban enamorados de las familias más distinguidas de Nueva York. Era un gran partido y lo reclamaban para sí los mejores jóvenes de la ciudad.

Pero ella, carácter extravagante, sin gota de formalidad, siempre dispuesta a satisfacer sus caprichos, quería ser también la dominadora de su futuro

marido. Se había prometido formalmente a Grey, un muchacho de porvenir, hijo de un acaudalado financiero, pero su temperamento chocaba con la serenidad de su novio.

Una tarde, en un partido de "rugby", tuvieron una palestra definitiva. Grey era socio de uno de los clubs contendientes. Rugía de entusiasmo viendo el avance y la victoria de los suyos, Juanita aplaudía, gritaba desafortadamente, encendida también por la emoción...

—¡Animo, duro y a ellos, Yale, ánimo!...

Grey la contempló con extrañeza. Su novia aplaudía a los rivales del club de Grey. ¿Se había vuelto loca?

—Pero, mujer, ¿qué haces? ¿Por qué gritas a favor de los otros?

—¿Por qué no he de animar a los contrarios, si tu equipo es el que gana?—respondió.

—Tiene poca gracia lo que haces... te lo aseguro... Y te ruego que no sigas aplaudiendo de este modo...

—¿Y quién eres tú para impedírmelo?... ¡Animo, Princeton... bien... gánalos... gánalos!...

—Juanita, esta sortija de compromiso que llevas en el dedo, te obliga a aplaudir a mi equipo.

—¡No seas absoluto!

Y sin hacer caso de sus protestas, sus ojos parecían inflamarse y sus manos se rompían animando a los enemigos del novio.

Este la cogió por un brazo con un deseo atroz de... abofetearla. Su mirada adquirió un resplandor agresivo. Le dolía que su novia fuese partidaria de sus contrarios...

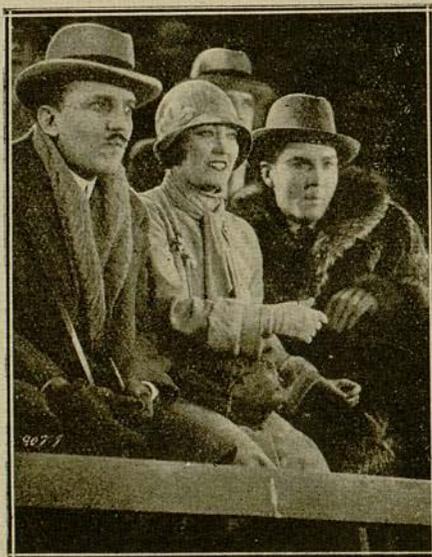
—Juanita, esto no está ni medio bien...

—Así es como debes tomarme. ¿Que no te gusta? Pues hijo, hemos acabado.

Y quitándose la sortija, la tiró despectivamente al suelo... Y como si ello fuese la cosa más natural

del mundo, continuó aplaudiendo sin preocuparse poco ni mucho del desairado novio.

Este sudó horrores hasta hallar entre la aglomeración la bella sortija de prometida, pero aquello lo



—¡Animo, duro y a ellos...!

consideró como un rompimiento definitivo. No volvieron a hablarse y al siguiente día se cruzaron unas cartas devolviéndose los regalos.

Y desde entonces, durante los seis meses siguientes, todo lo que ustedes necesitan saber de la vida de Juanita, puede concretarse a...

—¡No seas absoluto!

Durante aquel medio año fueron seis los novios de Juanita. Sus compromisos de noviazgo llegaron a convertirse, según frase del tío Jorge, en una tradición de familia. Ahora con el que hacía el número seis debía también reñir, igual que con los otros. Ninguno podía sustraerse a ese influjo fatal. El temperamento extraño, inquieto de Juanita, imposibilitaba todo intento de relación.

Una noche en el Club, Graham, su actual novio, aguardaba impaciente la llegada de Juanita. Por fin ella detuvo su magnífico automóvil ante la puerta del Casino.

—¿Por qué has tardado tanto?—le dijo él, saliendo a su encuentro—. Hace media hora que deberíamos haber salido para el baile de mi hermana.

—Si no te acomoda... Y además, yo no quiero ir al baile... Nos quedaremos aquí y nadaremos en la piscina del Club.

—¿Cómo? Si nos están esperando. Juanita, es un compromiso...

—¡No me fastidies! Pero, en fin, ya que te empeñas, vamos donde tú quieras...

Ella que había descendido del coche, se acomodó de nuevo en él, y al subir mostró bajo el fino abrigo un "maillot" de baño.

—¡Dios mío! —gimió el novio—. ¿Con este traje de baño? ¡Nunca!

—¡No seas absoluto!—contestó Juanita con su frase amenazadora.

—¿Quieres que me avergüence? ¿Qué van a decir los invitados? Vete a cambiar de traje...

—¿Yo? Empiezas a cansarme, mi vida... ¡Anda... consérvate bueno y vete a sermonear a los negros!... ¡Adiós!

Quitóse el anillo de prometida y lo metió en la boca de Graham, diciendo:

—Come, mi niño...

Y salió disparada, manejando hábilmente el volante...

El pobrecito Graham quedó como quien ve visiones... Logró quitarse la sortija de la boca, cuando ya comenzaba a notar los síntomas de la asfixia... ¡Qué bromitas tenía la chica! Pues, no... habían acabado para siempre.

Juanita, furiosa, volaba en su bello automóvil... De pronto, metióse en un bache y levantó una enorme cantidad de fango... Se oyeron voces de protesta e indignación y la muchacha escuchó la voz de su tío.

Era, efectivamente, el tío Jorge que acompañaba a una familia amiga y a quienes el auto había dejado como nuevecitos. El solterón, al reconocer a su sobrina, estalló en furor:

—¡Eres una loca! No sé cómo no te da vergüenza... Mira cómo has dejado a estas señoras...

—Perdona... tío... perdonen, señoras... yo no veía... reconozco mi culpa...

Se excusaba con humildad, doliéndole sinceramente el daño causado.

—Yo debería ser más enérgico contigo... ¡Locuela!... Te aborrecerán las gentes... te vuelves insufrible...

Ella rompió a llorar.

—Sí... ya sé que soy una persona horrible y anti-pática...

—Nada de eso. Pero necesitas una mano dura que sepa domarte. Algún día aparecerá en tu camino un hombre con esas condiciones.

—Bien, no la riña usted más—terció una de las damas—. La pobre no nos había visto...

Pero Juanita, que no gustaba de ser compadecida por nadie, respondió:

—Gracias, señora, mas no interceda usted por mí... Estoy cansada de la ciudad... Me marchó al

campo, lejos de la vida ruidosa y desordenada de por aquí...

Subió al auto y desapareció entre una nube de polvo...

—¡Ay, esta chica!—gimió el tío Jorge—. Yo me tengo la culpa... por no haberla domado desde un principio, cuando pequeña...

—Ella es joven y alguien la domará...

—¡Quién sabe! Hemos de esperarlo así...

Y el tío Jorge regresó aquella noche a casa, de malhumor, acusándose de no haber dado a su sobrina una educación adecuada.

*
* * *

Juanita había abandonado la ciudad para ir a vivir, solitaria y tranquila, llevada de las extravagancias de su carácter, a una casita de campo de los alrededores de Nueva York.

Una mañana, después de haber realizado una larga excursión en automóvil, a ochenta kilómetros por hora, ya muy cerca de su retiro campestre, su coche se encalló en un fangoso arroyo sin que la joven a pesar de los esfuerzos sobrehumanos que realizó, pudiera salir de su atolladero.

Tuvo que resignarse a esperar sentada ante el volante a que pasara una alma caritativa que se compadeciese de ella.

El enviado que había de salvar a Juanita no tardó en presentarse. Llegó en su automóvil el joven Lorenzo Castleton, un muchacho de mano más dura de lo que aparentaba a simple vista, un ingeniero de porvenir.

—Por Dios, señorita... Voy a sacarla a usted de ahí—dijo el joven, descendiendo de su coche y corriendo a examinar el de la muchacha,

—Llevo media hora esperando. ¿Cree usted que podré salir adelante?—preguntó Juanita, después de agradecer con una insinuante mirada el interés del recién llegado.

—No, no, me parece que su automóvil no está en condiciones de continuar... ¿Gusta usted terminar el viaje conmigo?

—Aceptado... y muchas gracias...

Lorenzo, joven fuerte y robusto, alzó en brazos a la muchacha y transbordó a Juanita a su coche.

—¿Y a dónde va usted ahora?—le preguntó Lorenzo.

—Dígame usted primero adonde iba usted... si puede saberse—le dijo ella con gracioso mohín.

—Yo... a la ciudad... pero me complaceré en acompañarla donde sea...

—¡Qué coincidencia! Yo también voy a la ciudad... De modo que... haremos el viaje juntos...

Juanita, impresionada por la simpatía galante de su salvador, deseaba permanecer un buen rato con él... Y de haber ido a la finca, el encanto de la aventura se hubiera deshecho rápidamente.

Entre los dos, mientras cruzaban campos y pueblos, se entabló un diálogo tan interesante como este:

—¡Bonito tiempo!

—No hay estación más bella que el otoño.

—¡Qué sol más caliente y agradable!

—¡Magnífico!

—¡Y sin llover!

Pero con todo y tratar de tan trascendentales cuestiones, lo cierto es que una simpatía irresistible enlazaba a las dos juventudes. Por primera vez Juanita sentía en su corazón una sensación diferente a la experimentada ante los novios anteriores. Una

sensación de alivio, de frescura, de felicidad íntima.

Y cuando los dos jóvenes llegaron al domicilio de Juanita, ambos se dieron perfecta cuenta de que las condiciones atmosféricas influyen notablemente en las relaciones humanas.

El tío Jorge, sorprendido por la inesperada llegada del "diablillo", saludó anonadado al nuevo amigo de Juanita... Infeliz, ¿es que no había conocido aún qué clase de geniecillo era el de la muchacha? ¡Ah, ya lo experimentaría pronto!

Pero Juanita tuvo durante aquellos días una extraña inquietud de felicidad.

Todo le parecía poco para su dulce adorador. Y Lorenzo, sin haber podido aún penetrar lo suficiente en el rincón más hondo del alma de Juanita, creía en ella como en la mujer elegida por Dios para su compañera en el mundo.

Pero no fué hasta el cabo de quince días que los dos enamorados llegaron al verdadero objeto de su conversación. Y una tarde, después de haber hablado mucho de tantas y tantas cosas, la mayoría sin importancia, se dijeron en silencio, el verdadero fin de su simpatía... Los labios uniéndose, proclamaron el cariño mutuo...

Y estaban en este momento comprometedor e inolvidable del primer beso, cuando entró tío Jorge en la habitación... Entró... y salió rápidamente... Se acordaba de que el oncenno, no estorbar...

Mas, cuando creyó que el beso había podido ya saborearse como una fruta golosa, penetró en la salita. ¡Estaba horrorizado! ¡Pobre Lorenzo, tan inteligente como parecía y dejarse caer también en las redes de aquella sobrina caprichosa!

—Tío Jorge, estamos comprometidos—dijo Juanita, riendo.

—Ya lo veo...

Tendió la mano a Lorenzo y sonrió... Este balbuceó unas palabras de gratitud.

—Por supuesto, vamos a celebrar la acostumbrada cena de compromiso—dijo Juanita.

—No faltaba más. Es una verdadera tradición en la familia—explicó el tío, recordando las inútiles cenas celebradas por igual motivo.



El tío Jorge saludó, anonadado, al nuevo amigo de Juanita.

El tío dejó que los enamorados se arrullasen... ¡Quizás les quedaba poco tiempo de hacerlo! ¡Juanita era tan veleidosa!

Lorenzo, joven riquísimo, hombre de pasado recto y de vida enérgica, no podía ocultar la felicidad que le envolvía.

—¿No te impresiona el estar prometida en matrimonio?—dijo a su amada—. Yo no sé si podré

esperar hasta mañana a comprarte el anillo de compromiso...

Ella se estremeció. Se acordaba de los anillos anteriores que tuvieron tan mal fin.

—Mejor no lo compres... Soy muy supersticiosa para estas cosas... Mira, dame el que ahora llevas en el dedo.

—¿Lo prefieres? Ten...

Le entregó un anillo de oro, poniéndoselo en su mano izquierda. Y Juanita besando aquella prenda de amor y luego a Lorenzo, exclamó:

—Lorenzo, amor mío, no permitas que nada se oponga a nuestra felicidad.

—Te lo juro...

Al siguiente día, los invitados a la cena de compromiso, tuvieron que esperarse, como de costumbre, a que Juanita acabara su entretenida "toilette".

Lorenzo Castleton mientras hablaba con tío Jorge, recibió tres telegramas, que se apresuró a leer:

Lorenzo Castleton.—695, Quinta Avenida, Nueva York.

"Felicitaciones por haber ingresado en nuestro Club.

Jack."

Lorenzo Castleton.—695, Quinta Avenida, Nueva York.

"Deseo que su equipo gane.

Grey."

Lorenzo Castleton.—695, Quinta Avenida, Nueva York.

"Cuidado con ser absoluto.

Graham."

El muchacho no salía de su asombro al leer estos despachos indescifrables con que los ex novios de

Juanita expresaban su burla ante el nuevo amor de la muchacha.

—Pero... ¿quiénes son estos individuos?

El tío Jorge rascóse la cabeza, y entendiendo muy bien lo que aquello significaba, sonrió:

—Son viejos amigos de Juanita... Será mejor que se lo preguntes a ella.

—Pues no faltaba más... Pero, ¿cómo tarda ella tanto? Voy a ver si está ya lista.

Subió a las habitaciones de la novia.

Y mientras, Juanita se debatía terminando su tocado y disputando con su doncella, una negra que había envejecido en la casa.

La muchacha se había colocado sobre el seno, en el término del escote, un caprichoso broche de dudoso gusto.

La negra se atrevió a manifestar su opinión sobre la joya:

—Si quiere que le sea franca, señorita, este broche no me* agrada...

—¿Y a ti qué te importa? ¿Y quién eres tú? ¿Y cómo te atreves?

Descargó sobre la infeliz mujer la tromba de su furor. Y no ya con palabras, sino con hechos. Comenzó a pegar furiosamente a la infeliz que en vano trataba de evitar el acariciador trato de la señorita.

Lorenzo desde el corredor, había presenciado toda la escena, pues la puerta de la habitación de la muchacha estaba abierta de par en par. Un espejito de plata, se hizo añicos a sus pies, tirado en uno de los ímpetus de mal genio de la novia. Sin comprender lo que significaba aquel arrebato, Lorenzo recogió el objeto caído y volvió al salón.

Juanita se dejó caer abatida en un sillón, y temperamento nervioso, impresionable, lamentó ahora su repentino impulso. Por fortuna ella no había visto a

Lorenzo con lo que se evitaba un disgusto todavía mayor. ¡Qué hubiera pensado él!

—¡Qué atrocidad! — dijo a la negra—. Me he dejado llevar por un arrebato de genio...

Y acarició a la criada que olvidando la tempestad anterior sonreía a la nueva calma benéfica. Juanita acabó de vestirse sin nuevos incidentes.

Lorenzo Castleton puso al tío Jorge en antecedentes de lo ocurrido. ¿Qué significaba aquella violenta explosión de ira de Juanita que había culminado con tirar el espejo al corredor? ¿Y aquellos telegramas, se podía saber a qué obedecían?

El tío Jorge creyó un elemental deber informar a su futuro sobrino.

—Amigo mío—le dijo—lo que pasa es que no es esta la primera vez que está prometida en matrimonio...

—¿Eh? ¿Qué está usted diciendo?

—Sí, sus compromisos son algo así como una tradición de familia... Cada quince o veinte días, un novio nuevo...

—¿Y qué les sucedió a todos esos buenos señores, para que riñesen con Juanita?

—¡El carácter, querido, el carácter!... Juanita, y que Dios me perdone, es un verdadero demonio con faldas... Indómita, no quiere ser aconsejada ni gobernada por nadie... Y todos sus novios la dejaron, por no haber procedido con energía desde que la conocieron.

Lorenzo escuchaba anonadado.

—Si no quieres que a ti te pase lo mismo, tienes que demostrarle que tú eres el amo, desde un principio...

La cabeza del joven se alzó orgullosa y airada.

—Si es así, voy a comenzar desde ahora—gritó— Moldearé a Juanita como un pedazo de cera...

Sus ojos brillaron con una luz de energía. Se

veía en él al hombre decidido, seguro de su voluntad y de su fuerza. Y amando como amaba a Juanita, no toleraría que el temperamento o las rarezas de ella dieran al traste con el dulce amor.

Juanita, en uno de sus repentinos cambios de carácter, se esforzaba en aparecer amable a los ojos de la doncella negra.

—Si soy así, no es mía la culpa... Yo hago lo posible por cambiar y no puedo... Quizás el único que me haría cambiar sería Lorenzo... El es tan diferente de los demás. No es absoluto como los otros, hace cuanto yo deseo...

Y alegremente bajó al saloncito donde estaban el tío Jorge y Lorenzo. El viejo al ver aparecer a su sobrina abandonó la habitación. Iba a entretener a los invitados a la cena que en la pieza contigua comenzaban a impacientarse. ¡Llevaban tanto tiempo aguardando!

—Hola, Lorenzo... bien mío...

Ella se colgó a sus brazos, alegre y feliz. ¡Estaba tan enamorada de su novio! Pero Lorenzo, serio, rígido, con una severidad nueva en él contempló breves momentos la joya que había merecido la repulsa de la criada y comprendiendo que era efectivamente de detestable gusto, le dijo, sin vacilar:

—Este broche que llevas no me gusta... Haz el favor de quitártelo...

Otra vez la revolución fué a estallar en el espíritu de Juanita. ¡El maldito broche que ya le había dado otro disgusto!

—Pero, ¿qué encuentras en él?

—Sencillamente que no me gusta...

Juanita miró a Lorenzo con extrañeza. No le había visto nunca tan serio y enérgico. ¡Suerte que era el novio... si no... hubiese ella contestado como sabía hacerlo.

La doncella negra entró tímidamente en la estan-

cia a dar a la señorita el pañuelo que ella había dejado olvidado.

Juanita arrancóse la joya que llevaba en el pecho y entregándosela a la negra, gritó:

—Llévate este broche, y no quiero volver a verlo nunca...

Lorenzo sonreía. ¡La primera victoria sobre el orgullo domado!

Y la negra teniendo en las manos la joya, miraba asustada aquella determinación de la señorita.

—¿Por qué me miras como una boba? ¡Vete de aquí!—rugió Juanita.

Apenas había salido la mujer, cuando apareció un criado que inclinándose ceremoniosamente dijo a la señorita:

—Los invitados hace una hora que están esperando... ¿Desea usted que anuncie la cena?

—¡Deja que esperen!—gritó ella con voz furiosa.

El criado desapareció.

Luego, volviéndose a su novio, Juanita dijo:

—Estoy harta de todo... de todo... Hoy tengo una noche fatal...

—No, la noche no es fatal... la fatal eres tú... tú que te has creído que eres la tirana del mundo...

La cogió por un brazo y sus pupilas agresivas y frías, obligaron a bajar los ojos negros de la muchacha.

—Tú... tú... Tratas a tus sirvientes como perros y a tus invitados como sirvientes...

—¿Con qué derecho me hablas de este modo?—dijo altiva y ofendida.

—Porque te amo, porque te hace falta que alguien te dome como se doma a un potro salvaje...

—¡Lorenzo!... ¿Cómo te atreves a tratarme de esta manera?

Ahora lloraba sintiendo lágrimas de impotencia y

de rabia que caían por sus mejillas. ¡Y era aquel hombre a quien ella amaba tan ardientemente, el que la ofendía así!

—Voy a presentar “mis” excusas a tus invitaciones... No está bien que les haga aguardar estúpidamente... Ya que has perdido la vergüenza, yo evitaré la falta... ¡Buenas noches!—gritó el joven.

Iba a salir, enfurecido, los ojos llameantes por el fuego de la ira. Juanita temió un rompimiento definitivo. Y humillándose de nuevo, le llamó:

—Lorenzo... amor mío, escucha... si soy mala, ¿por qué no me haces buena?

Había tal gesto de humildad, se comprendía su sacrificio, el ahogo de su violencia en aras del amor, que su novio se conmovió.

—Juanita... yo hago eso por tu bien... si no, serías una desgraciada...

—Quédate, no te marches... Si yo llegase a perderte, me perdería yo también...

Su voz temblaba, pretendiendo ser dulce y acariciante... El la contempló con emoción satisfecho de que su gesto de energía diera tan excelentes resultados. No, Juanita no era mala; bastaba mostrarle la razón para que se rindiera a su imperio.

—Lorenzo—seguía ella—si me amas, dómame como tú dices y hazme buena como tú quieras...

—Bueno, lo haré así... Me obedecerás en todo, ¿verdad?

—Te lo prometo.

—Pues ahora mismo quiero que vayas a presentar tus excusas a los invitados por haberlos hecho esperar.

—Acompáñame tú...

Y Juanita con una sonrisa dulce entró en el salón donde los amigos de la casa comenzaban a bostezar de hambre y de fastidio y sonriente les ofre-

ció el más cumplido de los desagrazos. A cenar pronto, pronto...

Y cuantos conocían por experiencia propia o por referencias el extraño carácter de Juanita, tuvieron que confesar que la muchacha parecía otra... ¡Ay, la fuerza del amor! ¡Y algunas viejas suspiraban pensando en el mágico influjo de ese cariño que ellas no pudieron nunca conocer!

Aquella noche, Juanita, domada por primera vez, pareció la más humilde y sosegada de las criaturas. El mismo tío Jorge estaba asombrado. ¡Bien por Lorenzo Castleton! ¡Era todo un hombre!

*
* *

Poco después Juanita y Lorenzo se unían en matrimonio... Y durante el primer mes de casados, Juanita haciendo esfuerzos para dominar su carácter había recobrado la calma... Demasiado perfecta, acaso...

Cierta día Lorenzo que estaba satisfecho del cambio experimentado en su mujer, dijo a Juanita:

—Cariño... no me he atrevido a decírtelo antes... Mañana pienso salir para Cuba en mi yate.

—¡Cuánto me alegro! ¡Apenas voy a tener tiempo de arreglar mis cosas!

Lorenzo movió la cabeza, sonriente.

—Mi viaje es exclusivamente de negocios y no puedo admitir a nadie en el yate.

Juanita sintióse contrariada, ofendida.

—Yo creía que me habías dicho que querías que te dijese siempre lo que pensaba hacer...

—Esto es absolutamente distinto... Pero ahora te quedarás en Nueva York.

—Los hombres autoritarios me encantan... —dijo ella con retintín, sintiendo alterarse su sangre.

—Y a mí me encantan las mujeres que saben obedecer...—respondió él en el mismo tono.

La conversación se vió turbada por la presencia de varios amigos de Juanita que iban a pasar con ellos la velada.

Jugaron al "poker" y las amigas hubieron de confesar asombradas que el matrimonio se portaba del mejor modo del mundo. Una de las chicas comentó al oído de la recién casada:

—Lorenzo está haciendo de ti una mujer completamente distinta de lo que eras...

—No me atrevería a jurarlo—respondió ella, desdenosa...

Pero ante las gentes extrañas aquel día estremaron el espectáculo de su felicidad. Sí, vivían en plena luna de miel, radiante y soberana.

Al siguiente día, Lorenzo Castleton embarcó en su yate con rumbo a la bella Cuba. Despidióse de Juanita que parecía resignada con su soledad. Llevaba ya algunas horas en alta mar, cuando paseando por cubierta recogió del suelo un estuche para pintar los labios... Su sorpresa fué extraordinaria... ¿Quién diablo usaba allí aquella prenda femenina? Ninguno de los hombres de a bordo era capaz de llevar un objeto así... Una sospecha mortal le heló las venas... ¡Si Juanita...! ¡Oh, no podía creerlo! Pero bajó corriendo a la cámara para desvanecer lo absurdo de su suposición.

Y sin embargo, la propietaria de la pastillita era nada menos que Juanita. El diablillo que llevaba revoltoso en su cuerpo había hecho de nuevo una de las suyas. Y sin que el marido se diera cuenta, Juanita había entrado tranquilamente en el yate, dispuesta a acompañarle a la lejana Cuba... Y fué al subir a bordo cuando perdió el estuche acusador.

Desde su salida del puerto, permanecía en la cámara esperando la llegada de Lorenzo. Bah, una

vez en alta mar, él tendría que resignarse a soportarla. Porque no estaba ni medio bien que un marido dejara su mujer cuando aún los días de miel mostraban el jugo de su dulzura.

Pero se aburría. Deseaba ya salir a cubierta y gozar del incomparable espectáculo del inmenso y líquido horizonte. Ahora entretenía sus ocios atrayendo con un pequeño imán una colección de peces de cartón que ella parecía pescar con aquel anzuelo. Fatigada de su juego, bostezó.

—Si hubiese sabido lo que una se aburre a bordo de este estúpido yate, jamás me habría embarcado...

Se vió sorprendida por la presencia brusca de Lorenzo. El marido tembló de indignación al verse desobedecido.

—¿Por qué has venido?

—Simplemente por estar contigo y en el mar...

—No acostumbro que nadie desobedezca mis órdenes, ¿entiendes? Te has pensado salirte con la tuya y no lo lograrás...

Salió enfurecido; Juanita, sonriente, jugando con el imán, fué hacia cubierta. La brisa haciendo ondear sus cabellos ponía en su corazón esa sensación de optimismo y felicidad que dan los panoramas marítimos...

Lorenzo acercóse al piloto y le ordenó:

—Haga rumbo al puerto más cercano...

El marino obedeció la orden y Lorenzo dirigiéndose a su esposa, le dijo:

—He mandado hacer rumbo al puerto más próximo para desembarcarte... De ahora en adelante, mi palabra será mandato...

—Está bien, señor "dominador".

Juanita acercóse al timonel. Sonreía y sus manos jugueteaban con el imán. Este junto a la brújula, no tardó en causar los naturales efectos. La proximidad del imán desvió el rumbo del aparato.

El timonel contempló extrañado aquel extraño movimiento en el aparato marino y dándose cuenta del imán que la señora Castleton llevaba entre manos, hubo de advertirla:

—Tenga usted cuidado, señorita, que este imán podría desviar la brújula...

—¡Ah, bien!

Y alejóse de allí, tarareando una canción de moda. Lorenzo, después de contemplarla con ira, descendió hacia el interior del buque.

Uno de los oficiales de a bordo llegó al timonel y le dijo:

—Acaban de avisar que hay una fuerte turbonada en el Cabo May... Aguante el rumbo y lograremos escapar.

Juanita, entretanto, tuvo un mal pensamiento. Asoció en su cerebro dos ideas que podían complementarse para su plan. Lorenzo había ordenado se hiciera rumbo al primer puerto para desembarcar a la muchacha y el imán tenía el poder de desviar la brújula. Si ella quisiera, en vez de acercarse, se alejarían del puerto... ¡Bonita estratagema! Y acercándose lentamente al timonel, sin que éste se diera cuenta, puso en uno de los bolsillos de su impermeable el pedazo de imán.

Volvió a la cámara, feliz y orgullosa. ¡Bien se vengaba de la estupidez de su señor marido!

Y aquella noche, a la altura del Cabo May, parecía evidente que la estratagema empleada por Juanita para desviar el yate del puerto era un éxito completo. No obedeciendo la brújula, influenciada por la proximidad del imán, el buque alejóse de su rumbo, encontrándose en plena tempestad.

Fué una noche terrible y dolorosa. Las olas, como enormes montañas negras, barrían el buque, que parecía un frágil juguete a merced de la azotadora tormenta tropical. Pero Juanita, espíritu valeroso y

enérgico, no se acobardaba ante el temporal. Libre de mareo, sonreía pensando que el yate estaba bailando un "charlestón"...

Mas por fin las olas se calmaron y el sol vino a dorar un nuevo día tranquilo... Pero la tormenta de la noche última había causado algunas víctimas entre el personal de a bordo.

Así lo comunicó el primer oficial a Lorenzo:

—Estamos cortos de gente... Tenemos seis hombres en cama.

Lorenzo y el oficial se dirigieron al timonel, llamados por éste.

—Yo no sé lo que le pasa a la brújula—dijo—. Desde anoche funciona como una loca...

El oficial examinó el aparato. Y de pronto el timonel al ponerse una mano en el bolsillo del impermeable, la volvió a sacar con un pedazo de acero imantado.

—Pero, ¿quién ha metido esto aquí? Ahora comprendo... el imán atraía a la brújula y de ahí que ésta funcionase mal...

—A ver, déme eso...

Lorenzo examinó el imán y una arruga de preocupación surcó su frente. Recordaba haber visto el mismo pedazo de acero en manos de su esposa. Comenzaba a comprender... Juanita para desviar el rumbo del buque había recurrido a aquella estratagema que tan cara podía costarles.

Bajó a la cámara a visitar a su esposa.

—Chico—dijo ella, sonriente—. Las sensaciones experimentadas durante la tormenta me hacen sentir ahora más fresca que una rosa.

El, silencioso, le mostró el imán.

—¡Ah, lo encontraste—dijo Juanita, riendo—. Parece que mi bromita dió el resultado que deseaba... No lograste desembarcarme...

—Tu bromita, por poquito manda al otro mundo a media docena de hombres.

Juanita quedó sorprendida. ¿Era posible? ¡Ella no había querido causar ningún daño!

—¡Perdón, Lorenzo, perdón!

—No puedo perdonarte. Ya que no atiendes a razones, desde ahora vas a obedecer mis mandatos... Lo que tú necesitas es disciplina y vas a tenerla...

Juanita intentó disculparse... Ella era inocente de aquello... ¡Sólo quiso dar una bromita!

Pero Lorenzo llamó al maquinista del yate y ante él, ordenó a Juanita:

—Bajarás con este hombre al cuarto de máquinas y reemplazarás al fogonero que está herido por culpa tuya.

El maquinista contemplaba asombrado la escena. ¡La señora del amo, de fogonero en el yate! ¡Qué absurdo!

Juanita sintióse ofendida en su dignidad de mujer rica y mimada por la sociedad. Callaba sin atreverse a protestar. Por otra parte se sentía culpable.

—Este hombre te enseñará lo que tienes que hacer—siguió Lorenzo.

—Pero, ¿es de veras que hago falta?—se atrevió a decir al maquinista, un viejo marino lleno de polvo de carbón.

El tripulante quedó sin responder. ¡Falta, la señorita! ¡Aquellos brazos finos, aquel cuerpo de flor entre las máquinas! ¡No, no servían allí!

Pero un gesto enérgico de Lorenzo que movía la cabeza afirmativamente, le hizo decir que sí.

—Sí, señorita... sus servicios son necesarios...

—Bueno... iré... Si lo hago es por el yate y no por ti—respondió, altiva, ofendida, desdenosa.

Le volvió despectivamente la espalda. Y echó a

andar... El maquinista preguntó en voz baja a Lorenzo:

—Señor, ¿es justo esto?

No le cabía en su mollera que aquello estuviese bien. Pero oyó esta contestación escueta y violenta:

—¡Hágala trabajar sin contemplaciones!

El maquinista bajó acompañado de Juanita. Balbuceaba al transmitir órdenes a aquella delicada criatura.

—¿Sabe usted lo que es esto?—le preguntó, mostrándole uno de los aparatos del cuarto de máquinas.

—¡Qué sé yo!...—respondió Juanita.

—Pues esto es un manómetro.

—¿Quiere decir? Lo dudo...—agregó ella con su aire de desdén.

En su alma luchaban dos temperamentos: por una parte comprendía que su marido tenía razón al tratarla de aquella manera; mas, por otra, su ánimo se sublevaba al verse vejada así.

—En fin—dijo el maquinista—comprendo que está usted en ayunas de todo... Me ayudará usted a poner carbón en el horno.

Era necesario obedecer y obedeció.

Y aquella mujercita débil, aquella criatura, reina del salón, vió manchado su hermoso traje de seda por el pegajoso polvo de la hulla, y sus manos tuvieron que alzar costosas paletadas de carbón que luego echaba en el horno caliente, saturándose toda ella de la temperatura de fuego.

Así en este trabajo embrutecedor y duro, Juanita pasó ocho interminables horas. Cada hora que transcurría, aumentaba su odio contra Lorenzo. Lo nuevo del caso hizo que muchos marineros fueran a observar su recio modo de trabajar.

Arriba, sobre cubierta, Lorenzo Castleton pensaba en el sufrimiento de su esposa, encerrada entre

máquinas y aunque lamentaba haber tenido que tomar con ella aquella determinación, se decía que era el único medio de domarla definitivamente.

El yate llegó finalmente a uno de los puertos de escala. Y cuando un buque llega al muelle, todo el mundo trabaja menos la gente de las máquinas.

Había terminado la labor de Juanita. Fumaba ahora tranquilamente un cigarrillo entre los hombres rudos y enmascarados de abajo. Luego, con ánimo de airearse un poco salió hacia cubierta.

El maquinista entonó un cántico de alabanzas hacia su nueva ayudanta.

—Esa chica vale más oro de lo que pesa—decía—. Y lo mejor de todo, es que sabe obedecer.

Al verla aparecer sobre cubierta, Lorenzo fué a su encuentro. La veía ennegrecida, sucia, llevando en su rostro la máscara del trabajo.

Ella le contempló con repugnancia, pretendiendo huir de sus brazos.

—¿Ves como tenía razón?—le dijo Lorenzo, jovial—: Al fin te he domado...

—¡Iluso!—gritó ella, conteniendo su indignación furiosa—. ¡Qué mal conoces el corazón de la mujer! Me has ofendido gravemente. ¿Y acaso sabes tú lo que has domado? No te perdonaré jamás las horas de dolor que he sufrido. ¡Estúpido!

Arrancóse el anillo y lo tiró al suelo. Y abandonó el buque, con ánimo de coger el primer tren y volver a Nueva York.

*
**

Pasaron varias semanas sin que se tuviesen noticias del paradero de Juanita. Lorenzo había vuelto a Nueva York, preocupado y temiendo haber ido demasiado lejos en su lección. Supo finalmente que su esposa estaba en el campo, viviendo en una humilde cabaña... Y se dispuso a ir en su busca...

Durante el día, Juanita andaba a caballo por el bosque y por las noches se encerraba solitaria en una choza. Quería olvidar a su marido, sentía aún sangrante la ofensa de la humillación.

Una noche, mientras ella leía tranquilamente un periódico, se presentó Lorenzo.

Juanita se levantó contemplándole con hostilidad.

—Te amo demasiado para permitir que esta situación se prolongue por más tiempo—dijo él, sonriente.

—¿Acaso soy yo la que la he buscado? Eres tú, con tu conducta intolerable...

—Juanita... escucha—suplicó el marido—. ¿No comprendes? Si he venido a buscarte, es porque te quiero... Tú debes seguirme, ¿entiendes?

—¿Deber? ¡Qué mal concepto tienes de él, amigo mío!—respondió, mirándole severamente.

El joven, furioso por el frío recibimiento le mostró el anillo que llevaba en la mano y que Juanita había dejado en su poder cuando marchó de a bordo, y tirándolo al suelo, le dijo:

—Recoge inmediatamente este anillo... Te lo mando.

—No... es inútil... Hemos terminado... Nada quiero contigo... Me voy...

Abrió la puerta e hizo ademán de salir. Pero vió en los ojos de él una súplica tan generosa, que se arrepintió de lo hecho, volvió a cerrar y sentándose en uno de los bancos, dijo:

—Comprende, Lorenzo, que no es como tú lo has hecho, que se doma a una mujer. ¡No es ofendiéndola! Tú y yo somos ahora como dos extraños... y no es mía la culpa.

Fué inútil que él insistiese. Juanita cerró los ojos, dispuesta a conciliar el sueño. ¡Nada quería de aquel hombre, nada! Lorenzo, furioso, se paseaba a grandes zancadas por la habitación. ¿Cómo desarrugar

el ceño de su esposa? Recogió el anillo que había tirado al suelo. Luego, sentóse en otra silla y se dispuso a pasar la noche allí, esperando llegara con el nuevo día la reconciliación.

Lorenzo, después de unas horas de insomnio, acabó por dormirse... Pero estaba desosegado, inquieto...

Al amanecer, Juanita despertó... Su marido dor-



—Te amo demasiado para permitir que esta situación se prolongue por más tiempo.

mía ahora profundamente... Juanita se sintió invadida por un sentimiento que le llevaba hacia él, pero otra voz más fuerte, la de su orgullo herido, la hizo vacilar. No, no podía olvidar la ofensa que Lorenzo le había hecho. Y a pesar de todo, ella era allí la fuerte, la dominadora. ¿No estaba él allí para pedirla perdón? ¿No significaba aquello una humillación? Pero quería verle totalmente vencido,

y se dispuso a huir de él. Que la buscase, que tuviera que implorar y gemir el amor de Juanita.

Poniendo en práctica una idea, se deslizó furtivamente por una ventana, salió al campo y mon-



—¿Deber? ¡Qué mal concepto tienes de él, amigo mío...!

tando su caballo, llamó a la puerta de la cabaña, y despertando a Lorenzo, exclamó:

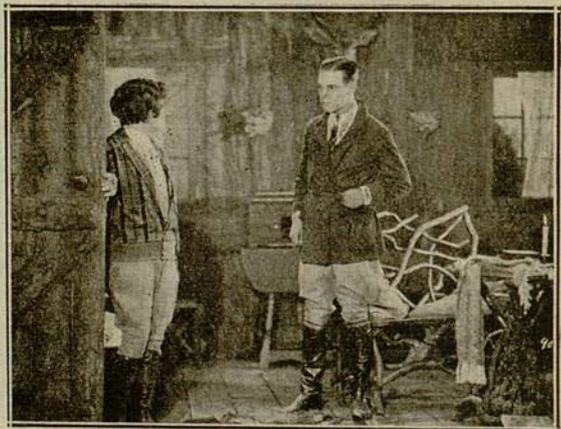
—¡Adiós... amo!

Lorenzo se levantó rápido y pronto la vió desaparecer en los lejanos bosques. Deseoso de alcanzarla, montó a su vez su alazán y comenzó tras ella una carrera emocionante.

Fué una persecución espléndida. Juanita acuciaba al noble animal, temerosa de caer en poder de Lorenzo. Saltó tranquilamente un enorme precipicio, sin sufrir el menor daño. Y cuando hubo pasado, gritó a su marido, que le iba a la zaga:

—¡A ver cómo te portas saltando!

—¡Como tú!—replicó él.



Abrió la puerta e hizo ademán de salir.

Pero al dar el salto sobre el abismo, el caballo resbaló, y Lorenzo se desplomó veloz hacia el fondo de la negra sima.

Juanita lanzó un grito de horror... Contempló la hondonada del precipicio... y escuchó un sollozo.

—¡Lorenzo! ¡Lorenzo!

Ahora, viéndole en peligro, se dió cuenta de cuán realmente le amaba.

Algunas horas después, varios aldeanos adverti-

dos por Juanita, recogieron al herido, llevándolo al hospital.

Acompañada de su tío Jorge, que había acudido al enterarse de la desgracia, la muchacha pasó horas de angustia, aguardando dolorosa ante la puerta de un cuarto de hospital y dudando si Lorenzo saldría con vida del gabinete de operaciones.

Aquella mujer se había transformado. Se acusaba de ser la responsable de lo ocurrido. ¿Por qué tuvo que empujar a su marido a aquella carrera loca?

—No, tú no tienes la culpa, hija mía... sino el destino — decía tío Jorge, procurando calmarla.

—Yo soy la responsable... Por satisfacer mi estúpida vanidad, he despreciado lo que más había querido en mi vida.

Los médicos habían terminado la operación. Una enfermera comunicó que el estado del herido era grave.

Estalló Juanita en un inmenso sollozo. Penetró en el cuarto donde Lorenzo, exánime, luchaba con la muerte. Al verle allí, débil y sufriendo, comprendió la esposa que no era precisamente la fuerza de un hombre lo que podía domar a una mujer, sino su misma debilidad. Mientras le vió duro e implacable con ella, en el corazón de Juanita anidó la rebeldía; ahora, al verle sufrir, la esposa sintió enternecerse su alma...

El joven no la reconoció. Desvariaba... La fiebre hacía bullir su cerebro... Juanita, a su lado, murmuraba dulcemente una plegaria a Dios:

—Sálvalo, Dios mío, para que él pueda ver cuánto le amo... para que yo pueda decírselo, quedadamente, al oído...

Lorenzo en el delirio de la calentura, arrancóse la sortija del dedo y comenzó a juguetear con ella.

Parecía que este recuerdo la atenazaba con un dolor más fuerte que sus heridas.

De pronto, resbaló el anillo y cayó al suelo... Lorenzo, con los ojos cerrados, gimió, recordando a la blanca enfermera que había visto antes al ser conducido a la sala de operaciones...



—¿No me reconoces, Lorenzo? Soy yo, tu Juanita...

—Enfermera... enfermera... la sortija... está en el suelo... démela...

La esposa se acercó a él, recogió el anillo y lo puso en sus manos.

—¿No me reconoces, Lorenzo? Soy yo, tu Juanita... arrepentida de todo... que no volverá a separarse de ti...

El herido, al conjuro de esa voz amada, abrió los ojos, permaneció un momento con la mirada fija e

inexpresiva, y luego, rodaron lágrimas rostro abajo...

—¡Juanita!...

Y la emoción le volvió a desvanecer.

*
**

¡Primavera!... Renació la vida y la salud... Lorenzo recuperó el amor de la mujer querida, do-



...tocaron sus manos una placa de mármol...

mada ya para siempre. Su convalecencia tuvo el encanto de lo maravilloso.

Una tarde salieron al campo... Y optimistas, plenos de la felicidad recobrada, estuvieron en un paraje denominado de los enamorados. Allí tocaron sus manos una placa de mármol, que llevaba esta inscripción:

“Todos los que esta piedra toquéis con vuestras

manos, la suerte os sonreirá y veréis colmados vuestros deseos.”

—¡Oh, Lorenzo!—dijo ella, acariciando a su esposo—. Seremos felices como esta piedra dice. Tú hiciste de mí una mujer nueva. La que tanto te hizo sufrir con su carácter, ya no existe. Más que tu fuerza, tu debilidad y tus sufrimientos me domaron. Y te prometo ser siempre humilde y buena...

El, sin decir nada, sonrió y besó sus labios, que la juventud y el cansancio coloreaban...

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

A FUERZA DE ARRASTRARSE

según la célebre obra del inmortal
JOSÉ ECHEGARAY

Creación de **AMALIA DE ISAURA, J. MONTENEGRO, etc.**

Postal-fotografía-regalo: **DORIS KENYON**

La Novela Semanal Cinematográfica
sale todos los miércoles. Precio: **25** céntimos

¡SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS!